LOS VASCO-NAVARROS

EN

LAS NAVAS DE TOLOSA.

PAGINAS DE UN LIBRO INÈDITO.

No despreciaron la ocasion los de Castilla y Aragon y Cataluña, y se arrojaron sobre Navarra, abandonada á una regencia, mientras Sancho VIII Garcés corria tras locas aventuras en Africa. Comprendiendo el castellano la grande importancia estratégica de Miranda de Ebro y de Vitoria, plazas guarnecidas por el navarro, comenzó por ellas su campaña de 1200, y despues de tomar Miranda, sitió á Vitoria con grande ejército. Deferidiéronse tenazmente la guarnicion navarra y el pueblo vitoriano, y aun cuando todos comprendian que no debian esperar socorro, y tenian simpatías por los sitiadores, mandados por el Señor de Alava y de Vizcaya, mientras el monarca castellano pasaba á Guipúzcoa á jurar los fueros y libertades de aquella noble tierra que le habia elegido por su Señor, uniéndose para siempre á la corona de Castilla, no quisieron abrir las puertas de la villa, aun cuando se les ofrecía la conservacion de sus fueros y autonomía, sin obtener autorizacion formal del Rey navarro, la que se obtuvo enviando un embajador á Marruecos, ejemplo insigne de lealtad y virilidad. Gozoso Alfonso VIII con la union de Guipúzcoa y la alianza de Alava y de Vizcaya, no tan solo respeto á los de Vitoria sus fueros y libertades, sino que les otorgó nuevas franquicias y reconoció la independencia de la *Cofradia de Arriaga,* así como que no tenia derecho á darla leyes, ni poner en la tierra libre de Alava gobernadores, á escepcion de Vitoria y la actual villa de Treviño, que, como punto militar, en lo sucesivo guarnecería Castilla, pues las aldeas del Condado prosiguieron siendo de Alava hasta medio siglo despues; política de verdadero rey y de verdadero gobernante cristiano, que por no comprender algunas inteligencias estrechas del siglo XIX, han supuesto que Alfonso VIII conquistó entonces, por fuerza de armas, los dos estados de Alava y Guipúzcoa. Maravilla lo que la historia enseña en esta constante manía de los enemigos de la tierra euskara, á la que suponen dominada una y otra vez, para reconocer-

la libre enseguida y volver á suponerla conquistada de nuevo, sin reparar que las soñadas conquistas posteriores evidencian la falsedad de las anteriores, como la que se pretende en el año 1200, justifica la falsedad de la línea divisoria del Zadorra y repartimiento de territorios del año 1179.

Desde este punto histórico se vislumbra la decadencia de Navarra y la preponderancia de Castilla sobre todos los demás estados cristianos españoles. Atribuyen algunos escritores lo primero, á la separacion de Navarra de la corona de Aragon, con motivo de la muerte del batallador Alfonso I, el año 1134, cuando los navarros restauraron gloriosamente su dinastía legítima en la cabeza de un príncipe tan valeroso y tan digno como Garcia VII Ramirez, á la par que los aragoneses colocaron sobre el trono á Ramiro II, mal monje, mal soldado y peor gobernante. Consideramos mas justo, en este caso, que la historia censure á los de Aragon que á los de Navarra. La gran causa de la decadencia de Navarra debe buscarse en Sancho VII Garcés, el cual, abandonando la política intransigente, tradicional en la raza euskara, se lanzó á las aventuras de la política transigente, que hoy se llamaría de ancha base, de civilizacion moderna, de tolerancia y de progreso; y celebrando pactos de amistad con los mahometanos, los verdugos de la pátria y enemigos del catolicismo, se enagenó el cariño de la Santa Sede, de los alaveses, guipuzcoanos y vizcainos, que se apartaron de Navarra y se unieron á Castilla. Esta evolucion, tanto como perjudicó á los navarros, favoreció el desarrollo de la preponderancia castellana.

Comprendió Alfonso VIII su situacion favorable y la fuerza moral y material que le daban las tres familias vascongadas, así dentro como fuera de la península, y para acrecentar su poder, en el año 1206, traspasa los Pirineos, y só color de falta de pago de la dote de su mujer, conquista la Gascuña, entonces de Inglaterra, menos Burdeos, Bayona y otras comarcas, adicionando á sus títulos el de Señor de Gascuña, como poco ántes añadió el de Señor de Guipúzcoa. Regresó á España con mayor prestigio, y despues de hacer paces con los que estaba en guerra, se preparó á tomar revancha de la rota de Alarcos, y convencido de que nada grande podia realizarse sin la bendicion del Jefe Supremo de la Iglesia, sin la union de los príncipes cristianos, envía embajadores á Roma, é invita á todos los reyes y estados españoles á coligarse y marchar juntos contra el enemigo comun, el emperador de los Almohades. Era esta la política que constantemente aconsejaba el Pontificado, por lo que el dia 12 de Mayo de 1212, el Padre Santo, Inocencio III, con todo el sublime apa-

rato religioso que desplega la Iglesia Católica en las grandes ceremonias, toma el *Signum Crucis,* y desde el balcon del palacio Albani notifica á la ciudad de Roma y al Orbe católico que bendice la guerra santa de España contra los mahometanos, concede indulgencia plenaria á los cruzados, igual á la de los que combaten en Palestina por la reconquista de los Santos lugares, y escomulga á los ladrones y á los que abran tratos con los enemigos de Dios. Guerra sin tregua, es la intransigente y salvadora doctrina de la Santa Sede, que la cristiandad acepta con grande entusiasmo. Celébranse en Roma y en toda Europa rogativas y penitencias públicas, implorando el triunfo de los cruzados; los alaveses, guipuzcoanos y vizcainos acuden á sus mas célebres santuarios, que no bastan para contener las muchedumbres; y los guerreros de Alava hacen bendecir, y ofrecen sus armas á los piés de la Virgen de Estivaliz, que preside las asambleas de los Cofrades de Arriaga.

Se inflama la Europa cristiana y acuden de Francia, Italia, Alemania y otros puntos, varios prelados y sacerdotes, dos mil caballeros con otros tantos pages de lanza, diez mil ginetes y de cuarenta á cincuenta mil peones; de Aragon y Cataluña Pedro II, con varios prelados y todo su ejército; de Navarra, Sancho VIII Garcés el fuerte, con varios prelados y todas sus fuerzas militares; de Castilla, Alfonso VIII, el iniciador y jefe de la campaña, con muchos prelados y todos sus ejércitos, y las cuatro órdenes militares; de Alava, Vizcaya y Guipúzcoa, cuenta la tradicion que á las convocatorias de las tres Juntas generales, de los tres *Batzarrac,* solamente quedaron en las caserías y en los pueblos, los ancianos, los niños y las mujeres, cruzándose para la guerra santa todos los que podian manejar las armas; de Leon y de Portugal se presentaron algunos caballeros y voluntarios, suficientes para salvar el honor de aquellos dos reinos, pero nó el de sus monarcas Alfonso II y Sancho II, que no asistieron como debieran con sus ejércitos, á pesar de ser ambos yernos del castellano. Y sin embargo, hay historiadores que los disculpan porque estaban enemistados con su suegro, como si en ocasiones tan críticas y solemnes, en un reto á muerte entre el mahometismo y el catolicismo, entre la pátria y sus opresores, pudieran abstenerse de combatir dos Príncipes cristianos, sin cubrirse de baldon ante la historia imparcial y justiciera. Siendo la guerra eminentemente religiosa, el edicto real que llama á los cristianos prohibe el lujo en las armas, en los trajes y en los arneses, como debiera prohibirse siempre, que las joyas y preseas indican afeminacion y desdicen de la rudeza y severidad militar.

Todas las fuerzas cristianas podian calcularse en *ciento ochenta y cuatro mil* combatientes, y reunidas en Toledo, menos las de Navarra que se incorporaron dias despues, se pusieron en marcha el 24 de Junio, llevando inmenso material, que algunos hacen subir á setenta mil acémilas. Diego Lopez de Haro, Señor de Alava y Vizcaya, y que lo habia sido de Guipúzcoa ántes de su incorporacion á la corona de Castilla, manda la vanguardia, compuesta de las fuerzas vascongadas y de los voluntarios extranjeros. El centro ocupan los reyes de Castilla y Aragon con todos sus ejércitos, y cubren la retaguardia los voluntarios de Portugal, Leon, Galicia y Asturias. En la tercer jornada toma la vanguardia á Malagon, no dá cuartel y acuchilla toda la guarnicion, y enseguida se rinde Calatrava. Comienza, pues, la campaña bajo buenos auspicios, pero ántes de llegar los cruzados á Alarcos, las legiones extranjeras, sea que estuvieran descontentas porque el Señor de Vizcaya y Alava les imponía la disciplina mas rígida, sin permitirles el merodeo y el pillage, sea que hubieran oido que los ejércitos mahometanos eran mucho más numerosos que los cristianos, es lo cierto que, pretestando no podian sufrir los rigores del sol de Andalucia, abandonaron la cruzada y se retiraron á sus paises, desolando las comarcas por donde pasaban, que siempre han causado en España mayores daños los ejércitos extranjeros aliados que los enemigos. De aquellos legionarios diremos lo que de los reyes de Portugal y Leon: los pocos que se quedaron bastaban para salvar la honra de las naciones que representaban, pero los que desertaron la víspera del combate merecen la reprobacion de la historia.

Tan fatal tuceso produjo mal efecto en el campo cristiano y grandísima animacion en el musulman. Afortunadamente la llegada del rey de Navarra con su ejército y la rendicion de Alarcos sin resistencia, rehicieron el espíritu de los menos animosos, pues el de los salientes, que eran los más, nunca decayó. Hacen alto los cristianos, pasan revista á las tropas, que con la huida de los extranjeros han disminuido en *cincuenta* ó *sesenta mil* hombres, cifra notable en un ejèrcito reducido, y el dia 12 de Julio llegan al puerto de Muradal, donde les esperan las avanzadas enemigas que disputan el paso de los vascongados de Diego Lopez de Haro; pero éstos se lanzaron á la carrera, y al grito euskaro de *¡aurrera!* se hacen dueños de la fortaleza de Castro Ferral, donde se conservaron hasta la llegada del grueso del ejèrcito y los tres monarcas que lo capitaneaban. Con habilidad estratégica, los mahometanos habian concentrado sus ejércitos en los riscos, montes y peñascales, que hacian inaccesible el for-

midable paso de Losa, y dueños de posiciones tan ventajosas, y contando con fuerzas cuadruplicadas, pregonaban la victoria ántes de dar la batalla. En puridad de verdad, era crítica en extremo la situacion de los cristianos, y celebraron consejo para resolver lo mas acertado, los tres Reyes, los Prelados, los caudillos, y los mas distinguidos capitanes que les acompañaban. Comprendieron todos las inmensas dificultades del paso del puerto de Losa y la gran superioridad numérica del ejército enemigo, motivos suficientes para que los de ménos espíritu, y los que ocultan el temor bajo el manto de la prudencia, primero vacilára y luego propusieran una retirada, sosteniendo que éstas honran á los grandes generales en ocasiones excepcionales. Pero los tres monarcas, principalmente el castellano, como iniciador de la empresa, y el Arzobispo de Toledo, de sangre euskara, hijo de Navarra, y Diego Lopez de Haro, Señor de Alava y Vizcaya, y su hijo Lope Diaz de Haro, y su primo Iñigo de Mendoza, y los jefes de mas prestigio, fueron de parecer que la retirada sería una ignominia y catástrofe segura, mientras que en las batallas vencen, nó el mayor número, sino el valor y la pericia militar, y sobre todo, que el triunfo en la guerra es de aquellos á quienes Dios lo dá por sus inescrutables designios, por lo que debia batallarse por la santa causa del Redentor divino y de la pátria. Cuando se hizo público este acuerdo, el campo de los cruzados estalló en voces de alegria, que las muchedumbres guerrero-religiosas se apasionan por lo que es heróico.

Antes de hablar de la batalla digamos algo de lo que sucedía en el campo enemigo. Cuando Mohammed-Aben-Yacub tuvo conocimiento de los proyectos belicosos de los cristianos, llamó á la guerra santa á los mahometanos, así en España como en Africa, acudiendo de Mequinez, Fez, Marruecos, los aláraves, zenetas, mazamudos, sanhagas y gomeles, que unidos al grande ejército de 1195 y á los almohades y moros andaluces, formaban la inmensa hueste de 460 mil combatientes, mandados por el Emperador, á quien denominaban *Almanzor,* el rayo de la guerra, y los cristianos el *Rey verde,* por el color de su turbante cubierto de esmeraldas.

RAMON ORTIZ DE ZÁRATE.

(Se concluirá.)

LOS VASCO-NAVARROS

EN

LAS NAVAS DE TOLOSA.

PAGINAS DE UN LIBRO INÉDITO.

(CONCLUSION.)

Soberbios los hijos de Mahoma por su número, por su jefe y por las victorias anteriores, principalmente la de Alarcos, confiaban ciegamente en aniquilar el ejército de los cruzados en el primer encuentro, y su soberbia y confianza se acrecentaron con la noticia de que los voluntarios extranjeros habian abandonado á los cristianos. Con tan alhagüeñas esperanzas, sientan sus reales en Baeza, y las fuerzas avanzadas cierran el paso de Sierra-Morena y procuran envolver al ejército cristiano, saboreando anticipadamente el placer de coparlo y aniquilarlo todo entero.

Mientras tanto, en el campamento de los cruzados se discute el modo de vencer las dificultades del paso de Losa, cuando inesperadamente, un pastor llamado Martin Halaja pide á los centinelas permiso para hablar á los reyes cristianos, á los que tenia que dar noticias de importancia, y una vez en su presencia, les manifiesta conoce senderos y encrucijadas por donde las tropas pueden llegar á la cumbre sin ser vistas de los moros. Se considera al pastor como un enviado de Dios, y el Señor de Vizcaya y Alava, con algunos tercios de montañeses euskaros, salen á cerciorarse del aviso, trepan alegres y sigilosos, y se encuentran en la llanura de las NAVAS DE TOLOSA, campo apropósito para una gran batalla. Conservan la posicion, avisan y suben los ejércitos católicos, y al observar los moros silencioso y solitario el campamento cristiano, juzgan que, rehuyendo la batalla, se habian retirado los cruzados; pero al mirarlos dueños de posiciones que conceptuaban inconquistables, si su asombro es grande, le sobrepuja la rábia, y provocan la batalla, que los cristianos rehusan fatigados. Acrece la soberbia musulmana, achacándolo á cobardía, é insisten en combatir el siguiente dia, pero por ser domingo, rehusan tambien los cristianos, y lo dedican á las oraciones religiosas, á las confesiones y comuniones, á los sermones y pláticas de los prelados

y clérigos que entusiasman á jefes y soldados, que arden en deseos de cruzar sus armas con las de los infieles.

Antes que rayára el alba del lúnes 16 de Julio de 1212, los cristianos, divididos en cuatro cuerpos, esperaban la señal del combate. Seguia Diego Lopez de Haro mandando la vanguardia, formada de los tercios vascongados, las cuatro órdenes militares y las compañías de Madrid y de otras nueve villas ó ciudades. El rey de Navarra dirigía su ejército, tres concejos castellanos y los voluntarios de Portugal, Galicia, Asturias y Leon; el rey de Aragon, conde de Barcelona, capitanea los aragoneses y catalanes; y la retaguardia dirige el rey de Castilla, con el grueso de sus tropas y fuerzas de cuatro villas y ciudades.

Aparecen por tercera vez los mahometanos en órden de batalla, en cinco grandes cuerpos de ejército, en forma de media luna, pensando cerrar el circulo, apretando los dos cuernos, para envolver á los enemigos. El emperador de los infieles dirige sus huestes desde su magnífica tienda de campaña, colocada en un cerro que domina la comarca y el campo de pelea, teniendo á su lado el caballo y las armas, y en las manos el Al-coran, alternando las órdenes de mando con la lectura de algunos versículos guerreros. Rodean y defienden la tienda imperial: en primera línea, diez mil negros, amarrados como demonios, que apoyan en el suelo largos lanzones; en la segunda, fuertes y aferradas cadenas; y en la tercera, tres mil camellos.

Impacientes los dos bandos, apenas la luz crepuscular de la mañana les permite verse, lánzase el uno sobre el otro con igual denuedo, entre el estrépito de los tambores, clarines y demás instrumentos bélicos, y los gritos estridentes de los combatientes, luchando los mahometanos como tigres, y como leones los cristianos. El primer choque de las dos vanguardias fue terrible, y los vascongados, las órdenes militares, y las tropas de algunos concejos castellanos, resistieron heróicamente el empuje de los 160 mil africanos, division escogida para que, cual huracan furioso, deshiciera la vanguardia cristiana y facilitara un triunfo completo. Pronto se generalizó el combate en ambos campos, y todos se conducían valerosamente. Insistiendo Mohammed-Aben-Yacub en la idea fundamental de la batalla, y sabiendo que los de Diego Lopez de Haro se defendian con ardor creciente, arrojó sobre ellos otro cuerpo de ejército. Tanta muchedumbre creyó imposible resistir el contingente madrileño, y se declara en retirada. Corre esta noticia en los dos campos, exagerándose en ambos, pues se añade que se retiran los tercios vascongados y toda la vanguardia, dando al hecho cierto colorido de verdad, por

la semejanza de los escudos de Vizcaya y de Madrid, los cuales lucen en el centro un árbol verde. El peligro enardece mas y mas al Señor de Alava y Vizcaya, á los vascongados, á las órdenes militares y á los concejos que permanecen firmes, y matan, y destrozan, y contienen primero, y luego se sobreponen á sus contrarios. Entre tanto, la division que manda el monarca navarro retrocede, aunque con óden, algun poco de terreno, y llegan los moros hasta el rey de Castilla, con lo cual, y las malas nuevas de la vanguardia, sin temor, pero juzgando perdida la batalla, exclama: *«Arzobispo, yo é vos aquí muramos.»* A lo que contesta el primado de Toledo: *«Non quiera Dios que aquí murades, antes aquí habedes de triunfar del enemigo.»* El rey replica: *«Pues vayamos aprisa á acorrer a los de la primer haz, que están en grande afincamiento.»* Y picando los dos á sus caballos, ponen en obra su proyecto, consiguiendo detener á los fugitivos y llevarlos de nuevo al combate, con lo cual, y los repetidos gigantescos esfuerzos de los del Señor de Alava y Vizcaya, cambia de aspecto la pelea. Piden los moros africanos que avance en su ayuda la caballería de los andaluces, pero éstos vuelven grupas y huyen, llevando el desórden á su propio campo. Entre tanto que los vasconavarros hacen aun mayores destrozos en la retirada de los infieles, se declara el triunfo y degüello general, y llegan los cristianos á la tienda del emperador de los mahometanos. Defiéndenla éstos heróicamente y mueren miles de asaltantes, hasta que el rey de Navarra con sus gentes rompe la triple línea y entra en la tienda, siguiéndole los navarros, fuerzas aragonesas, catalanas y castellanas. El emperador monta su cabalgadura y huye á Jaen con los restos de sus destrozadas huestes. El de Castilla, con esa energía y aun crueldad que distingue á los grandes guerreros, y que, en último término, economizan mucha sangre en lo sucesivo, convencido de que no bastaba triunfar, sino que era necesario aniquilar al enemigo, hizo publicar un tremendo bando, ordenando el degüello general de los moros, y prohibiendo hacer ni un solo cautivo ó prisionero. Dura la matanza hasta despues de haber anochecido, muriendo en la batalla y en la retirada 200 mil moros y 25 mil cristianos. Sobre aquel campo cubierto de cadáveres, el M. R. Arzobispo de Toledo entonó el *Te-Deum Laudamus,* que cantaron con él los tres Reyes, los Prelados, el clero, y los jefes y soldados, en accion de gracias por tan importante victoria, que por sus peripecias extraordinarias se consideró debida á la proteccion manifiesta del Dios de los cristianos.

La batalla de las NAVAS DE TOLOSA, denominada tambien del *Muladar,* del *Muradal* y de *Lorca,* sin dejar de ser una de las glo-

rias mas preciadas de todo el cristianismo, de toda España, es á la vez una gloria eminentemente vasco-navarra. D. Rodrigo, arzobispo de Toledo, hijo de Navarra, inspira la idea de la cruzada al monarca de Castilla, pasa á Roma como su embajador, obtiene la declaracion apostólica y predica la cruzada en Italia, en Alemania y en Francia, trae consigo un ejército de voluntarios cruzados, anima al castellano en un momento de desaliento y en el trance mas supremo de la pelea, y por último, entona el *Te-Deum* despues de la victoria.

Diego Lopez de Haro, Señor de Alava y Vizcaya, es la primera figura militar de la campaña, porque con los tercios de las tres actuales provincias vascongadas sostiene lo mas récio del combate, é inicia la victoria en la vanguardia.

El rey de Navarra, Sancho VIII Garcés, el fuerte, y su ejército, reaniman el campo cristiano, incorporándose á él en los momentos que desiertan los cruzados extranjeros, y deciden y completan la victoria asaltando los primeros las triples fortificaciones de la tienda del emperador musulman. El monarca navarro, erguido en su bridon, blandiendo su enrojecida espada, y solo en aquel círculo de hierro, es la personificacion del triunfo del valor guerrero, y se hace perdonar y olvidar sus estravíos en Africa y sus antiguas amistades con los hijos de Mahoma.

En resúmen: la participacion que en la batalla de las Navas de Tolosa les cupo á los cuatro pueblos euskaros, es una de las páginas mas gloriosas de su brillante historia.

Los despojos de la batalla fueron de suma importancia en armas, caballos, camellos, alhajas y piedras preciosas, ropas, almacenes, carros, acémilas y tesoros en metálico, pues los hijos de Mahoma habian desplegado en esta ocasion un lujo ostentoso y vano, que contrastaba con la sencilléz característica de los cristianos. Pero el trofeo de mayor estima fué la rica tienda de Mohammed, que se regaló al Sumo Pontífice y se envió á Roma. Los demás despojos se distribuyeron entre los que habian concurrido á la refriega, haciéndolo por encargo del castellano, Diego Lopez de Haro, Señor de Alava y Vizcaya, y cumplió su cometido con tanta justicia y generosidad, que dió ménos á sus más allegados, y no se reservó nada para sí. Admirado de ello Alfonso VIII, preguntóle cuál era su parte, y contestó: «*la mas preciosa y de mas valía: la parte de honra que me corresponde en esta gloriosa enpresa.*» El monarca navarro recogió tambien su porcion gloriosa: las cadenas que rompió tan bravamente y una esmeralda del turbante del Rey moro, que llevó á la catedral de Pamplona y adoptó por emblema de su escudo. Regocijóse la cris-

tiandad al tener noticia de la rota de los almohades, y la Iglesia la celebra anualmente con el título de *Triunfo de la Santa Cruz,* el dia 16 de Julio.

Como consecuencia de la victoria de las Navas de Tolosa, ganan los cristianos, para Castilla, todo el pais que han recorrido ántes de la batalla, al difícil paso de Despeñaperros, antemural de Andalucía, y despues los pueblos y territorios de Ferral, Vilches, Baños, Tolosa y Ubeda; desde aquí regresan á sus respectivos estados, y se disuelve, como siempre, prematuramente, la cruzada, sin sacar todo el partido que se debiera en aquellas favorables circunstancias. Consolémonos con que las consecuencias morales y políticas fueron inmensas. Así como los árabes, al disolverse, llamaron en su ayuda á los almoravides, el año 1086, y éstos, trayendo inmensos ejércitos, se hicieron dueños de la España mahometana, á su vez, los almoravides, con igual motivo, pidieron socorro á los almohades en 1157, y como los otros, se convirtieron de auxiliares en señores, y salvaron por segunda vez al mahometismo que agonizaba. En ambas ocasiones, las discordias de los cristianos y sus guerras civiles allanaron el camino á los muslines. Despues de la llegada de los almohades, las tribus de los mahometanos procedentes del Africa se habian multiplicado en España, y se acrecentaban con la frecuente venida de ejércitos y de emigrantes, siendo de las mas numerosas las que se realizaron en los años 1195 y 1210, y como decian aquellos en su estilo pintoresco é hiperbólico, sus ejércitos eran innumerables como de langostas esparcidas en bandas, que cubrian montes, campos y valles; y tenian atemorizados á los cristianos. Con la batalla de las Navas cambian de faz las cosas, se sobrepone la preponderancia cristiana á los infieles, y comienza la decadencia de los almohades, que veremos terminar en 1248 con la reconquista de Sevilla, para ser sustituida por la de los moros andaluces. Castilla prepondera ya, no solo entre los estados cristianos, sino tambien sobre los mahometanos, y á estas trasformaciones han contribuido poderosamente las cuatro actuales provincias vasco-navarras.

RAMON ORTIZ DE ZÁRATE.